



<p>SE PUBLICA</p> <p><b>UN CUADERNO SEMANAL.</b></p> <p>PRECIO, UN REAL si recibe el número.</p> <p>AÑO I.</p>	<p>COLABORADORES.</p> <p>CAYELAN, BANCIA, GRENSE, PI Y MARGALL, FIGUERAS, SUÑER, GARRIDO, ROBERT, RANCHEZ PEREZ, JOARISTI, CALA, CORDOVA, RANCHEZ RUBIO, PIEDRA, ALTADILL, ZAPATA, TRESENRA, ESTEBANEZ, SOLER, MERCADO, LOZANO, BASTRE, ANER, VALDÉS, FLORES, LA FUENTE, MINQUET, SIERRA, COLL, PINEDO, ALMIPALL, RUBAN, LOTAU, CLAY, RINSA, GARRION, ETC.</p> <p>DIRECTOR,</p> <p><b>Enrique Rodríguez Solís.</b></p> <p>MADRID 11 DE NOVIEMBRE DE 1871.</p>	<p>EDITORES</p> <p><b>J. CASTRO Y COMPAÑIA.</b></p> <p>ADMINISTRACION:</p> <p>Plaza de la Cebada, 11, Madrid.</p> <p>NÚM. 20.</p>
--	---	---

### SUMARIO.

TEXTOS.—El auto de fé, por Roque Bárcia.—Necrología, por I. Sastre.—El gé-  
nio, por F. Flores y García.—Glorias cubanas por N. Estévez.—Estudios bio-  
gráficos, por Javier Álvarez Linde.—Ayer, hoy y mañana, por J. J. Medina.—So-  
neta a Roque Bárcia, por Constantino Llombart.—Teatros, por E. Rodríguez So-  
lis.—Instrucción de adultos en París.—La cantinera republicana (novela).—Revista  
general, por E. Rodríguez Solís.

GRABADOS.—Curso gratuito para adultos en París.—Caricatura.—Adolfo Joa-  
risti.

### ADVERTENCIA.

En el próximo número publicaremos un  
bellísimo grabado, representando una de  
las obras que mas han llamado la atención  
en la Exposición Nacional de Bellas Artes,  
y una lámina nueva representando la ma-  
nifestación verificada en Barcelona con mo-  
tivo del entierro de nuestro malogrado ami-  
go Joaristi, dibujo y grabado de los distin-  
guidos artistas Mas y Fondenilla y Perez.

### EL AUTO DE FÉ.

V.

Terminé el artículo precedente manifestando que las  
Escrituras nos presentan las mismas mutaciones reli-  
giosas que hallamos en los fastos del mundo.

El hombre se degrada por la ignorancia primitiva.  
Dios ofrece después a sus patriarcas cierto período de  
salud.

Este período de salud pasa á un legislador.

Por fin, se cumple en un Mesías.

Tenemos un Adán, que representa la caída del hombre.

Tenemos luego un Abraham, que representa la pro-  
messa de Dios.

Tenemos un Moisés, que representa la esperanza de  
aquella promessa divina.

Tenemos un Cristo, que representa el cumplimiento  
de la esperanza de Moisés, como de la promessa de  
Abraham, resultado de la caída de nuestro primer pa-  
dre en el Paraíso.

Las cuatro edades religiosas, las cuatro mutaciones  
de la vida, las cuatro humanidades que se han venido  
transformando y fundiendo desde el Paraíso hasta el Cal-  
vario; esos cuatro testamentos del mundo en la Historia  
sagrada son los siguientes:

Caída; promessa; esperanza; redención.

Esto quiere decir: Adam, Abraham, Moisés y Jesús.

La caída del primer hombre por la ignorancia, es el *fetiquismo religioso*.

La promesa de Dios, hecha al patriarca, es el *sabeismo*; el primer avance hacia la conciencia; el paso primero hacia la verdadera Divinidad.

La esperanza de Moisés es el propio *espiritualismo hebreo*.

La Redención del Hijo del Hombre es el propio *espiritualismo cristiano*.

Hallamos, pues, que la caída es el fetiquismo.

La promesa, el sabeismo.

La esperanza, el espiritualismo de Jehovah.

La Redención, el espiritualismo de la conciencia, la libertad del hombre, la libertad del mundo, también la libertad de Dios, porque ese Dios era antes esclavo del mandamiento; esclavo de la ley; esclavo del pontífice; esclavo de la superstición y de la hipocresía: en fin, el esclavo de un señor formidable que se denomina fanatismo.

Adoradores de las primitivas bárbaries, venid y responded.

Si el ayer es mejor que el hoy; si el hoy es mejor que el mañana, es evidentísimo que Adán es mejor que Abraham; y Abraham, que Moisés; y Moisés, que el Mesías.

Es evidentísimo que la caída, la ignorancia, el vicio, la culpa, la esclavitud de todas las generaciones, es mejor que aquella promesa de salud en que se salvaba el género humano.

Es evidentísimo que la promesa es más excelente que la esperanza.

Es evidentísimo que la esperanza es mejor que la *resurrección moral del hombre*, operada por el martirio de la Cruz, cumplimiento de las Escrituras y de los Profetas.

La primer culpa, la serpiente, la maldición del Paraíso, la maldición de Dios irritado, es mejor que el verbo, la segunda persona de la Santísima Trinidad, el propio Hijo del Padre Eterno, porque eso es Cristo, según vosotros.

Vosotros le llamais Hijo del Eterno, segunda persona de la Santísima Trinidad, verbo divino; y ahora encontramos que, según vuestra filosofía, ese verbo divino, esa persona de la Santísima Trinidad, ese Hijo del Padre eterno, es peor que el pecado del Paraíso, peor que la caída, peor que la serpiente, peor que aquella maldición de su Eterno Padre. ¡Cuánto absurdo! ¡Cuánta blasfemia!

Ya os lo dije en el artículo anterior, y os lo repito en el presente: no os llaméis cristianos; no usurpéis ese nombre á las ardientes lágrimas que recibió un madero.

¡Respetad la sangre de la Cruz!

¡Respetad el dolor de una madre!

¡Respetad esa hora sagrada de la mujer, aunque no sea virgen!

Antes hemos visto que érais adoradores de las culebras del Asia antigua.

Ahora vemos que sois adoradores de la culebra del Paraíso.

¡Está de Dios que hayais de revolveros entre culebras!

Pero refráramos á la historia de nuestro país, procurando dar á este estudio el tinte social que tienen nuestros tiempos.

Adoradores de las serpientes divinizadas, venid y responded.

Muere la Edad media en brazos del rey D. Alonso, que mató el feudalismo con las Partidas, monumento inmortal de nuestro pueblo y de nuestra lengua; el primero después del *Quijote*, de los *Autos Sacramentales* de Calderón y del *Romancero del Cid*.

Los Reyes Católicos operan la unidad oficial de España, no la geográfica, ni la social, ni la política, que no se ha operado después, que no se operará en ningún tiempo, que no puede operarse; y si se operara, sería monstruosa.

Los castellanos, los vascuences, los catalanes, los mallorquines, los valencianos, los asturianos, los gallegos, los aragoneses, los canarios, los extremeños, los manchegos, los andaluces, son poblaciones diferentes hasta en sus vestidos, hasta en sus fiestas, hasta en sus bailes, hasta en sus canciones.

Los individuos de esas comarcas son también diferentes hasta en el color del semblante, hasta en la estatura, hasta en el movimiento, hasta en el arreglo de sus viviendas, hasta en sus comidas, hasta en la manera de enamorarse á la mujer.

Eso no se borra, no se puede borrar, porque aquella manera de ser y de vivir, aquellas tradiciones, aquellas costumbres, aquellos hábitos, son otras tantas leyes de la naturaleza, como el aire, la tierra y el sol.

¿Quereis, por ventura, que esas comarcas tengan el mismo clima, la misma luz, la misma tierra, el mismo aire?

En un pueblo todo se muda, todo se altera, todo desaparece, ménos el sér de pueblo.

Eso no se pierde ni se olvida.

Eso se pierde cuando se pierde nuestra lengua, nuestra literatura, nuestros cantares, la memoria de los parajes en que nacimos, de la casa en que nos criamos, de la mujer por quien sentimos la primera vez, dulce primicia de nuestros amores.

Eso se pierde cuando perdemos nuestra historia y el santo recuerdo de nuestros padres.

Eso lo perdemos cuando morimos.

Y ni cuando morimos lo perdemos, porque al morir un pueblo, no muere todo.

Cuando un pueblo suspira porque fenece, algo queda en la tierra con aquel último suspiro.

Pasaron las generaciones latinas, es verdad, pero no pasaron sus circos, sus arcos, sus columnas, sus obeliscos y sus estátuas.

No pasaron su Capitolio, su Aventino y su Roca Tarpeya.

No pasaron sus musas, sus Apolos, sus Césares y sus Sibilas.

No pasaron sus oradores, sus poetas, sus filósofos, sus sábios y sus héroes.

Passaron en parte, y en parte se han quedado.

¡Si! A través de tantas edades, de tantos cataclismos, de tantos sepulcros, nos quedan sus piedras, sus libros, sus agüeros, sus supersticiones, su fuego sagrado de Vesta.

Todo murió en la raza latina; pero no murieron sus dioses Penates.

Los dioses Penates de los pueblos no mueren.

Son epopeyas que no acaban nunca, porque son la epopeya inmortal de la vida.

Murieron los latinos; pero no murió la latinidad.

Murieron los latinos, es cierto; pero en el instante de morir nos dejaron el eterno retrato de su modo de ser. ¿Quién borra esa pintura? Nadie.

¿Ni el tiempo? Ni el tiempo.

¿Ni Dios? Ni Dios; porque Dios no borra los divinos misterios de la historia del hombre; y aquellas pinturas son misterios divinos de la humanidad.

Pues si no pasa el génio del que muere, ¿cómo pretendemos que pase el génio del que vive?

¡No! No pasará el genio de la leal Castilla, de la severa Cataluña, del noble Aragón, de la hermosa Valencia, de la hospitalaria Mallorca, de las poéticas Canarias, de los valientes vascos, de los árabes andaluces.

Eso estará ahí mientras que haya mundo.

Esas pinturas no perderán nunca su color.

Pero volvamos al tema pendiente.

Decía que los Reyes Católicos operaron la unidad nacional de España, y aquella monarquía absoluta, despótica, fué entonces liberal.

Un señor absorbió cien señores.

Un rey grande absorbió cien reyes pequeños.

Un palacio se puso en lugar de cien castillos.

Entre un tirano y ciento, quién no prefiere el uno?

La monarquía absoluta, obrando sobre las infinitas monarquías feudales que desgarraron nuestra patria, fué un avance enérgico y poderoso, porque la monarquía, aunque despótica, aunque bárbara, era menos feudal que el propio feudalismo.

Ya no hay cien horcas y cien cuchillos en España: hay un cuchillo y una horca.

Malo es ciertamente que quede uno; pero peor sería que quedasen ciento.

*Primera época social:* progreso de la monarquía absolutista sobre los señoríos feudales.

Viene la protesta moderada y pone pleito al derecho divino de los reyes; nace la monarquía constitucional, y ese moderantismo vinculador y avaro, esa escuela insaciable que todo lo quiere para sí, fué entonces un progreso sobre la monarquía absoluta, como la monarquía absoluta lo fué antes sobre la barbarie del feudo.

*Segunda época social:* progreso de las monarquías constitucionales moderadas sobre el prestigio histórico, ó sea el derecho divino de las monarquías absolutas.

Viene la protesta progresista: desamortiza los cuantiosos bienes de la Iglesia, desvincula los mayorazgos, transforma los oficios, cargas y derechos feudales, y ese partido viejo que se cae como los niños; ese partido niño que balbucea como los viejos; ese retablo de tiempos distintos, de civilizaciones diversas; esa semblanza extraña y confusa de muchas edades, de muchas tendencias, de muchos espíritus, de muchas historias; esa mesa revuelta de muchos siglos que se oponen unos á otros, que gritan, que claman, que alborotan, que se atraviesan en su propio camino y que no se dejan andar; ese partido progresista español que nadie ha definido, que nadie ha retratado, porque no presenta contorno por donde el arte pueda retratarlo ó definirlo; ese gran fenómeno de la política del mundo, que únicamente anda derecho para tropezar, que únicamente tiene fuerza para caer, que únicamente tiene vida para morir; el partido progresista español, repito, fué una gran mejora sobre la centralización moderada.

*Tercera época social:* progreso de la escuela descentralizadora sobre el moderantismo vinculador. Los progresistas fueron entonces la revolución respecto de los conservadores; como lo fueron antes esos mismos conservadores respecto de los monarcas absolutos; como esos monarcas absolutos lo habían sido antes respecto de las aristocracias procedentes de la conquista.

Vendrá la protesta republicana federal, ahora ó luego; desaparecerá el feudalismo de la vida, ó sea el verdugo; el feudalismo de los tribunales, ó sea el juez privilegiado y titular; el feudalismo de la política, ó sea el rey; el feudalismo de la teocracia, ó sea la Iglesia protegida y pagada por el Estado; el feudalismo de la nación, ó sea el estanco de las industrias y la centralización administrativa; el feudalismo de la tierra, ó sea el señorío de los nobles; y aquella protesta valerosa, aquella vida virgen, aquel espíritu creador, aquella justicia sacrosanta hará otro pueblo, hará otra vida, hará otra España y otros españoles.

¡Oh criaturas que no habeis nacido, y que cuando nazcáis os recibirá en sus entrañas la nueva creación, regocijaos en el seno oculto de la Providencia!

¡Hombres y mujeres que no habeis venido, pero que vendreis cuando Dios lo quiera, lanzad un grito de alegría, porque cuando vengais, seréis republicanos federales; seréis mujeres; seréis hombres, no pasto del señor, ni del juez, ni del rey, ni del fisco, ni de la Iglesia, ni del verdugo!

*Cuarta era social:* avance de la federación republicana sobre la escuela progresista, como la escuela progresista avanzó sobre la escuela conservadora; como la escuela conservadora avanzó también sobre la monarquía despótica; como la monarquía despótica avanzó de la misma manera sobre la barbarie del feudalismo.

Adoradores de la primitiva ignorancia; adoradores de la primera culpa; adoradores del pecado; adoradores de la serpiente; deístas sin Dios, venid y responded.

Si el mañana es peor que el hoy, y el hoy que el ayer, resultará evidentemente que el feudalismo es lo más perfecto.

¿Quereis vosotros ser siervos feudales? ¿Quereis estar pegados á la tierra, al cuchillo, á la horca?

¿Quereis ser expulsados de la sociedad, si tenéis lepra?

¿Quereis la prueba del agua hirviendo?

¿Quereis el derecho de pernada?

Venid, adoradores del monstruo antiguo; venid y contestad.

¿Quereis que un señor, un estúpido, un bárbaro, disponga de la honra de vuestras madres, de vuestras compañeras y de vuestras hijas?

No balbuceéis; no palidezcais; no bajeis la cabeza: contestad.

No volváis los ojos alrededor vuestro: ya os dije que no hay nadie; ni hombre, ni mujer, ni niño, ni anciano, ni ambiente, ni pájaro, ni flor: vuestra ignorancia os deja solos.

Pero es que ahora hay mucha algazara, mucho ruido, muchos escándalos, mucha anarquía, muchos robos, mucha disolución...

¡Sí, sí; hay todo eso; y más, si quereis; pero acercaos y escuchad.

Proseguiré en el número inmediato: hay que proseguir hasta terminar el asunto.

ROQUE BANCIA.

## NECROLOGIA.

### ADOLFO JOARIZTI.

*Alpino merece el espíritu agitador.*  
CAMILLO FLANDRION.

Adolfo Joarizti ha muerto. Con su muerte España ha perdido uno de sus más esclarecidos hijos, el partido republicano federal una de sus más robustas columnas, el periodismo uno de sus más valientes campeones, la tribuna uno de sus más firmes sostenes, la literatura uno de sus más inspirados vates, sus amigos uno de los hombres más consecuentes a la amistad; su familia, en fin, el más ardiente amparo y el modelo de los esposos, de los hijos, y—¿por qué negarle este título?—de los padres también.

Joarizti, recapitulando, fué en vida acabado modelo, bien se le considere como patriota, bien como tribuno; ya bajo el prisma del periodista y del literato, ya por el de audaz luchador ó el pacífico ciudadano.

Y téngase en cuenta que no nos hace hablar así la pasión que por él pudiésemos tener.

Para probarlo historiemos, siquiera sea á grandes rasgos.

Joarizti pertenecía al partido republicano federal; hé aquí su historia como hombre de la idea, como político. Nació á la vida pública en 1856, y nació batiéndose en las calles de Barcelona contra la desenfrenada reacción que representaba el gabinete O'Donnell, que al partido progresista echó del poder, anegando al pueblo español en la sangre que las bayonetas y la metralla española abrieron por todas partes en los pechos de nuestros conciudadanos. Concluidas aquellas jornadas de duelo y de sangre, vemos á Joarizti más tarde luchar en el periódico, siendo el articulista predilecto del pueblo barcelonés, que en el diario titulado *La Corona* buscaba ávidos sus escritos. Luego lo vemos, aferrado siempre á la idea democrática, manejar su ardiente pluma desde las columnas de *El Debate*. Vino la setembrina, y Joarizti, redactor en jefe primero y director luego de *La Igualdad*, hace en ella una de las más brillantes campañas que periodista alguno en su vida pudo hacer. Sus artículos sobre LAS QUINTAS no fueron leídos, sino devorados por cuantos leyeron solamente las ocho líneas en que anunció que tal cuestión iba á tratar. Poco tiempo había trascurrido cuando lo vemos dirigir, con hábil capitán, las huestes republicanas de Cataluña, cuando provocó el partido republicano federal por el Sr. Sagasta, se vió en la precisión, volviendo por la honra de la patria, de empuñar las armas.

Al mismo tiempo que su incansable pluma no permanecía ociosa, su génio organizador y propagandista se agitaba también; tanto en Barcelona como en Madrid, el club popular merecía toda su predilección, viéndose elegido presidente del de Anton Martin de esta última ciudad.

Si el periódico y el club empleaban gran parte de su tiempo, no por eso le faltaba para subvenir á arbitrar lo

necesario á las exigencias políticas de sus correligionarios, á los cuales atendía siempre que por ellos era buscado.

Organizador cual pocos, mejoró, de acuerdo con el difunto patriota Tomás Berenguer, el armamento y municiones, no solo del núcleo republicano del barrio de Anton Martin, sino que también de otros centros madrileños.

Por último, su admirable cerebro le permitió extender su acción y su influencia á sitios bien lejanos de su habitual residencia, siendo uno de los pocos hombres de confianza, no solo de los republicanos de Madrid, que en él adoraban, sino que también de Cataluña, su patria, que de él, y solo de él, todo lo esperaban, como hombre en quien se hermanaban el brazo y la cabeza, la inteligencia y el valor.

Como literato, Joarizti, aparte sus trabajos periodísticos, nos ha dejado entre otros, dos voluminosos tomos, *Viaje dramático alrededor del mundo*, en que dejando volar un tanto á su fantasía, hizo conocer los grandes estudios históricos, geográficos, económicos, sociales y políticos que poseía.

Bajo el punto de vista del amigo, Joarizti era el gran modelo digno de ser imitado; por la amistad hizo todo: en la amistad cimentó la vida social; por la amistad, y solo por la amistad, explicábamnos los que tuvimos la felicidad de ser sus amigos, sus constantes sacrificios, su no interrumpida serie de acciones todas laudables.

Quisiéramos ser muy extensos al hablar de Joarizti, como hombre, dentro de la familia; pero nos lo veda el que quizás se ofendiese la modestia de su atribulada viuda, á la cual habría que hacer partícipe de los elogios que á Adolfo tributáramos. No queremos callar, sin embargo, que á más de ser el consuelo y orgullo de su esposa, era el amparo de una preciosísima huérfana de cuatro años de edad que á sus padres perdió en el intervalo de cinco días. Joarizti no llegó á tener hijos.

¿Tendremos que demostrar que quien tal fué en vida bien merece que se le considere como uno de los más preclaros hijos de esta nuestra tierra de España?

No; no, y cien veces no. Joarizti no necesita ni necesitar puede que el que ménos vale de todos los españoles demuestre lo que un axioma es al tratarse de nuestro amigo.

Sigamos haciendo la necrología de nuestro amigo. Cuando, por haberse publicado la amnistía en 1870, Joarizti pudo volver á España; volvió, sí, pero trayendo encarnada en su organismo la fatal enfermedad que adquiriera con el empleo de un excesivo trabajo, y que tras veinte meses de postración le ha llevado á la tumba.

El último trabajo literario de Adolfo Joarizti vió la luz pública en los números 2.º y 3.º de esta ILUSTRACIÓN con el título de *Las Reformas y la Revolución*, y su última manifestación ó acto político fué la carta en que, por su mal estado de salud, renunció á formar parte del Directorio del partido republicano federal.

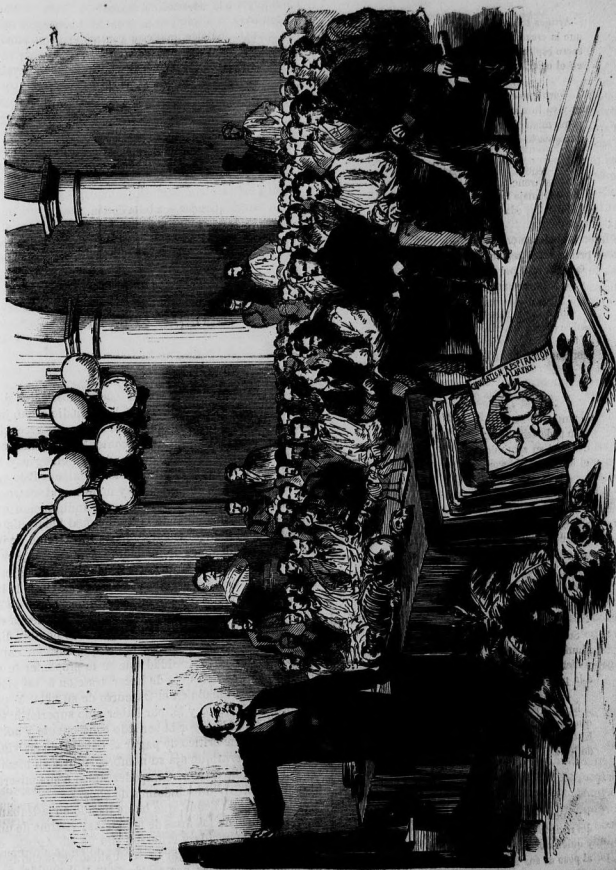
Hoy deja Joarizti vacante en la Cámara popular un sitio que, por muchos merecimientos que tenga su sucesor, difícilmente será, no con mejoría, pero ni aun tan bien y dignamente representado.

Joarizti, del cual damos el retrato en este número, ha muerto á la edad de 37 años; nació al principiar el mes de Febrero de 1835.



Para cerrar nuestro artículo no encontramos frases más adecuadas que las que vamos á copiar de un discurso de un célebre literato, y que cual de molde se ajustan á nuestro amigo: «Hoy que esos inanimados restos ocupan una estrecha celda de esta silenciosa ciudad de los

que fueron, solo nos cabe en silencio consagrarle nuestro recuerdo, envuelto en una ardiente y silenciosa lágrima, mostrándole á nuestros amigos... (y á nuestros correligionarios) como el modelo más acabado y que todos debemos imitar.»—I. SASTRE.



CURSO GRATUITO PARA ADULTOS EN PARIS.

## EL GENIO.

Muere el alma un deseo que la inclina  
á seguir desigual atrevimiento,  
ardor que nos parece ser divina  
inspiración de pretendido intento.

CÉSPEDES.

## I.

Artífice soberano  
que la creación sustenta;  
sacro espíritu que alienta  
en el espíritu humano;

Faro que en la oscuridad  
su viva lumbre destella,  
como misteriosa estrella  
que guía la humanidad;

Arbol que á las tempestades  
jamás su tronco doblega,  
y cuyo ramaje llega  
á cobijar las edades;

Angel que por las esferas  
cruza entre fugaces velos  
forjando risueños cielos  
y dulcísimas quimeras...

Cierne sus nítidas alas  
sobre la humana cabeza,  
y hace brotar la grandeza  
con sus magníficas galas.

## II.

Sintiendo su inspiración  
y su poderoso aliento,  
despertó su sentimiento  
el alma de Calderón.

Por él Cano y Rafael,  
obraveros de la belleza,  
dan á la naturaleza  
nueva vida en el pincel.

Por él, altivo, iracundo,  
se elevó Martín Herrera  
sobre la elevada esfera  
del rey Felipe segundo.

Sus destellos rutilantes  
alumbraaron á Murillo,  
y dieron eterno brillo  
á la pluma de Cervantes.

El es la sombra viviente  
que con el tiempo camina.  
El templo que no arruina  
de los siglos la corriente.

## III.

¿Quién fabricó los verjeles  
del recinto de la gloria,  
y quién abruma la historia  
al peso de sus laureles?

¿Quién elevó la conciencia  
del esclavo postergado?  
¿Quién arrancar ha logrado  
sus secretos á la ciencia?

¿Quién ha revelado el nombre  
de la libertad bendita?  
¿Quién al hombre precipita  
á la redención del hombre?

¿Quién traza en el porvenir  
un mundo más anchuroso?  
¿Quién se levanta coloso  
entre el gozar y el sufrir?

¡El genio! Aliento divino  
de causa desconocida,  
fuente eterna de la vida,  
intérprete del Destino.

¡Los que una bella ilusión  
acariciáis en la mente...  
seguid su limpia corriente,  
que el genio es la redención!

F. FLORES Y GARCÍA.

## ¡GLORIAS CUBANAS!

## I.

La prensa española ha venido ocupándose estos días del fusilamiento de Zenéa. Todos los periódicos han juzgado el hecho, y lo han comentado según sus creencias y aspiraciones políticas. Se han contentado algunos con lamentarlo; otros lo han condenado con energía y los demás lo aplauden, lo explican ó lo disculpan. Esto sucede siempre en casos parecidos y no debe extrañarnos, pero hemos visto con sorpresa y con indignación que algunos diarios, olvidando la tradicional hidalguía de los españoles, han descendido hasta el extremo de insultar á Zenéa despues de fusilado.

Algunos periódicos injurian á Zenéa llamándole traidor: no lo ha sido seguramente á su patria. Otros le injurian precisamente porque en las últimas horas de su vida no quiso ser traidor á sus creencias. Era Zenéa racionalista y libre pensador, y se negó como hombre digno y honrado, en las solemnes horas que pasó en capilla, á cometer la indignidad que se le proponía; la de abjurar sus creencias, la de hacer traición á las ideas que más había amado en el trascurso de su vida. Y por esta prueba de valor y fé, por haber sido superior á toda pueril debilidad, por haber sido consecuente y noble hasta el instante crítico de pagar el tributo de su vida, hay diario *liberal* que aja su nombre, injuria su memoria y le apellida traidor. Compadezcamos á sus miserables detractores y prescindamos de ellos.

Juan Clemente Zenéa, que había nacido en la Habana en 1831, murió en los fosos de la Cabaña, víctima de una sentencia inmerecida y cruel, el día 25 de Agosto de 1871. Desde el triste lugar de su suplicio vería con honda pena las blancas azoteas de la Habana, la casa en

que nacieron sus hijos, los campos que circundan su ciudad natal y la pintoresca bahía descrita tan admirablemente en sus preciosos cantos.

Como Diego, como Gaspar Agüero, como Oscar Céspedes y el viejo Goicuría y el imberbe Ayestarán, murió Zenéa con toda la serenidad de la inocencia, con toda la entereza del verdadero heroísmo. Pero más afortunado que sus compatriotas, anteriormente inmolados, obtuvo la gracia de morir pasado por las armas; no porque se le quisiera dispensar este favor, sino porque el verdugo de la Habana se encontraba a la sazón enfermo. Quién sabe si la grave enfermedad del ejecutor de la justicia procedería de exceso de trabajo en el ejercicio de su ministerio. Ciertamente es demasiado poco, para una ciudad tan grande como la hermosa capital de Cuba, un solo ejecutor de la justicia.

Proponemos por tanto al nuevo ministro de ultratumba, D. Víctor Balaguer, que triplique siquiera los verdugos, consagrando este patriótico recuerdo a su hermano en las musas Juan Clemente Zenéa, cuya afinada lira se consagró en un tiempo a cantar las glorias de la madre España, así como D. Víctor Balaguer dedicaba la suya a entonar lores y cantares a las grandezas de Isabel II.

El ministro encargado de nuestros negocios de Ultramar puede llamarse propiamente ministro de ultratumba, porque todos sus administrados van desapareciendo poco a poco del mundo de los vivos. En tres años de guerra han muerto en los combates, fusilados por sus enemigos ó ejecutados por el infatigable verdugo de la Habana, cincuenta mil cubanos y treinta mil españoles. ¡Ochenta mil hombres asesinados por patriotismo! Lo patriótico es casi siempre inhumano.

Pero no se crea que el exterminio y el asesinato empezaron con la insurrección. Hace mucho tiempo que insulares y peninsulares viven separados por odio inextinguible. Intolerantes los unos y los otros, hicieron la guerra inevitable, y cuando estalló era muy fácil prever las catástrofes, los crímenes, los horrores que ha presenciado la más hermosa de todas las Antillas.

No había sido necesario que la insurrección diera principio para que las musas enlutadas miraran con dolor asesinatos como el de Zenéa. Si este ilustre poeta ha sido sacrificado a la pasión política en el período de la lucha armada, otros poetas no ménos ilustres, no ménos inspirados, habían perecido de igual modo cuando Cuba gozaba de una paz completa, solo porque en sus versos revelaban sentimientos de libertad y honor. Plácido, el bardo del *Yumuri*, el más conocido y celebrado de los poetas de Cuba, fué también fusilado en lo mejor de su vida. Heredia, el cantor del *Niagara*, también murió lejos de las playas de su querida Cuba, en la expatriación, á donde fué lanzado por la tiranía de Fernando VII.

Lo mismo Zenéa que Plácido, lo mismo Plácido que el inmortal Heredia, son bastante conocidos en el mundo literario. No haremos pues una crítica de sus bellísimas obras, cuyo trabajo por otra parte sería superior á nuestras fuerzas. Deseando, sin embargo, que los lectores de LA ILUSTRACION conozcan la pérdida sufrida por las letras castellanas con la prematura muerte de los inspirados vates que más han honrado á Cuba, no vacilamos en transcribir algunos fragmentos de sus poesías, no pre-

cisamente de las mejores, sino de las que por casualidad tenemos á la vista ó conservamos en la infiel memoria.

Demos principio por Zenéa, cuya muerte ha motivado este artículo. Veamos de qué manera encantadora y sencilla nos dice que es poeta:

Al salir temblando Vespero  
del seno azul de los mares,  
viene á besarme la frente  
la musa de mis romances.

Yo canto como los pájaros;  
yo entonces lanzo á los aires  
en la voz de la alegría  
la expresión de mis pesares.  
Morirá mi acento lánguido,  
y si algún eco dejare  
en la atmósfera del siglo,  
no podrá ofender á nadie.

Cantando la Ausencia, dice:

«Dos aves detenidas en un ramo  
cantando glorias y caricias mütuas,  
al áspero alibido de las balas  
nos fué preciso comenzar la fuga.  
Mas yo te adoro, al corazón ardiente  
tu imagen guarda en su interior oculta,  
y está mi pecho con tu ausencia oprimido,  
rota mi lira y mi garganta muda.»

El precioso romance *Las tres novias del poeta*, que parece una balada ríhiana, merece que lo copiemos íntegro.

«Tres novias tiene el poeta:

La primera es la mañana,  
Rubia virgen que se envuelve  
En un manto de oro y plato.

Y la segunda es la tarde,  
La beldad morena y lánguida  
Que con gasas de luz fúlgida  
Adorna su frente pál da.

—¿Cuál es la tercera entonces?

—La noche, la más amada;  
La que entre brisas de luna  
Sofoclienta y triste pasa.

Cuando llega la primera,  
Con las puntas de sus alas  
Hace vibrar los idilios  
Sobre las cuerdas del arpa.

Al beso de la segunda  
Salen del fondo del alma,  
Con la voz del sentimiento,  
Los romances y baladas.

La tercera viene luego,  
La bella musa elegíaca,  
Y le brinda en copa de oro  
La inspiración de las lágrimas.»

En uno de sus mejores *nocturnos* encontramos la siguiente estrofa impregnada de melancolía:

«Vengo á pulsar el arpa un breve instante;  
y en mi muerte más bella, solo espero...  
¡que me sirva de tumba, como al Dante,  
un camino tal vez del extranjero!»

Y poco después, como presintiendo su desgraciado fin, añade:

«Tengo el alma, señor, adolorida;  
y aunque á la voz de un triste no te asombres,  
no me quieras culpar porque te pida  
otra patria, otro siglo y otros hombres;  
con en esta edad de tránsito que asoma,  
con mi país de promisión no acierto;  
¡mis tiempos son los de la antigua Roma,  
y mis hermanos con la Grecia han muerto!»

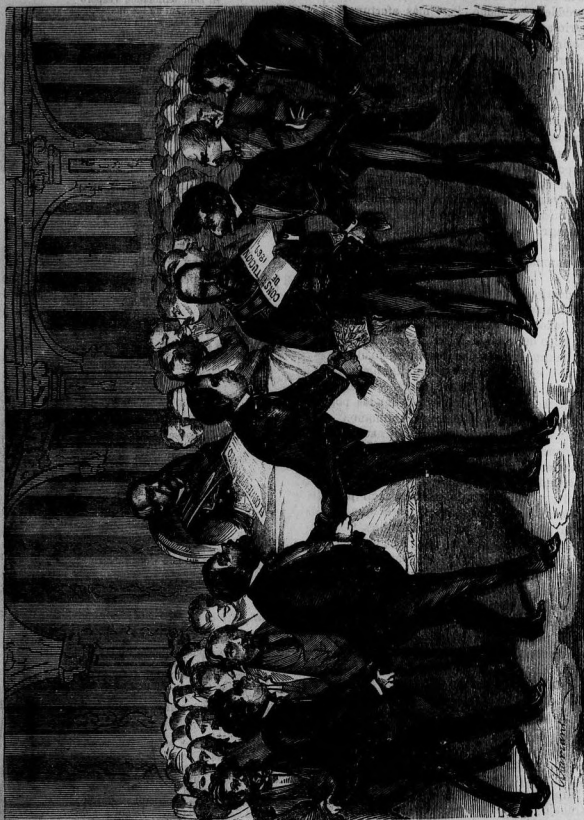
«Señor, señor! El pájaro perdido  
puede hallar donde quiera su alimento,  
en cualquier árbol colocar su nido  
y á cualquier hora atravesar el viento,



## ZORRILLISTAS Y SAGASTINOS.

¡Y el hombre, el dueño que á la tierra envías  
armado para entrar en la contienda,  
no sabe al despertar todos los días  
en qué desierto ha de plantar su tienda!

Dejas que el blanco ciano en la laguna  
el canto de los cefiros aguarde,  
jugando con el brillo de la luna,  
naufragando entre los rayos de la tarde.



¡Y á mí, Señor, á mí no se me alcanza,  
en medio de la mar embravecida,  
jugar con la ilusión ó la esperanza  
en esta triste noche de la vida!

Y yo, Señor, como apacible río  
que oculta un monstruo en su callado seno,  
canto en reposo y de mí mal me río,  
¡y tengo el corazón de angustia lleno!

—Señor Duque, los verdaderos liberales somos nosotros.

—Yo fui el primero en llamarlos liberales.

—Y yo fui el primero en haber alcanzado flores su camino si nos llamaba al poder

—¡Filibusteros!—¡Calemares!

EL DUQUE.—¡Valientes liberales están ustedes!

Pero la mejor, la más perfecta, la más sentida de las composiciones de Zénée es la que lleva por título *Noche tempestuosa*. Tiene estrofas como las siguientes, que revelan toda la nobleza de alma de su autor:

«¡Murio la luna! El ángel de las nieblas  
Su cadáver recoge en blanca gasa,  
Y en un manto de rayos y tinieblas  
El Dios del huracán envuelto pasa.  
¡Qué oscuridad! ¡Qué negros horizontes!  
¡Qué momentos de angustias y pesares!  
¡Ay de aquellos que viajan por los montes!  
¡Ay de aquellos que están sobre los mares!  
¡Cuántos niños habrá sin pan ni techo  
Que se lamenten de dolor profundo!  
¡Cuánto enfermo infeliz sin luz ni lecho!  
¡Cuánta pobre mujer sola en el mundo!  
¡Cansado el marinero se arroja  
En la cubierta del bajel errante,  
Y en vano busca en la lejana orilla  
El faro salvador del navegante.  
¡Qué triste noche! Y en mi hogar en tanto  
Todo en el orden y en la paz reposa:  
Duerme mi niña en su silencio santo,  
Y se entretiene en su labor mi esposa.  
Sentimos ella y yo las agonías  
Que sufre el hombre de diversos modos;  
Me acuerdo yo de mis revueltas días;  
Y nos ponemos a rogar por todos.»

N. ESTÉVEZ.

(Se continuará.)

## ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

### Jacquard.

(Conclusión.)

Al llegar á París fué conducido al Conservatorio de artes y oficios.

La primera visita que recibió fué Napoleón y Carnot. —¿Sois vos, le dijo este último, el que queréis saber más que Dios formando un nudo con una cuerda tirante?

Jacquard estaba aturrido.

Napoleón le participó su resolución de que permaneciese en el Conservatorio para concluir su máquina.

Cuando el obrero se quedó solo se apoderó de él el desaliento; pero una vez secreta que le animaba le hizo volver con más ahínco á su tarea.

En la Exposición artística celebrada en 1801, alguno que otro curioso se detenía ante una máquina que más tarde había de producir una verdadera revolución en las fábricas de tejidos de todas clases.

Se decía que había sido inventada por un humilde obrero.

Era efectivamente la máquina de Jacquard, que ha conservado su nombre.

Pero el pueblo de París la vió con indiferencia, los jueces la señalaron... ¡qué sarcasmo! con una medalla de bronce... solo Napoleón, que nunca había desconocido su importancia, consiguió una pensión de 6.000 francos á su autor.

A contar desde este día, ¡cuántos sinsabores había de costar á Jacquard su invento!

Concluida ya su misión en París, determinó volverse á Lion. ¡Cómo había él de imaginarse lo que allí le aguardaba!

Desde el momento en que en Lion se tuvo noticia de la máquina tejedora, un grito de indignación se levantó de todos los obreros.

—¿Con que se ha inventado una máquina, decían, que disminuyendo el auxilio del hombre, fabrica las más delicadas y ricas telas? Pues si es así que tan pocos hombres se necesitan, escaseará el trabajo, aumentará la miseria, y el malhadado autor de ese invento habrá contribuido á la ruina de millares de familias. Ese hombre, pues, debe morir.

En esta disposición de ánimo se encontraban los obreros cuando Jacquard llegó á Lion.

Una vez al lado de su familia, de sus amigos y conciudadanos, con quienes pensaba compartir su satisfacción y su gloria, comenzó á instruirles en el uso de su máquina, explicándoles las ventajas que había de reportar al arte de los tejidos.

La más glacial indiferencia observó en todos los semblantes.

—No me entienden, dijo tristemente para sí.

Y volvió á reunir á los obreros para seguir instruyéndoles; pero estos, que en un principio le habían respetado, no pudieron ya contenerse y se amotinaron pidiendo la vida de su compañero, que pudo salvarse abandonando la ciudad con el corazón traspasado por el dolor más acerbó, el que produce la ingratitude y la envidia. La máquina fué destruida, y, según exacta expresión de su autor, *«el hierro lo vendieron por hierro viejo y la madera por leña.»*

Días terribles de amargura se deslizaron para Jacquard, días de lucha entre su deber y sus sufrimientos, que solo dulcificaba de vez en cuando la noticia de que en alguna fábrica se había adoptado su máquina. Entonces su corazón latía fuertemente, y en sus labios vagaba una dolorosa sonrisa. Se acordaba de su país natal, se acordaba de los padecimientos de sus amigos, cuando tenía en sus manos el remedio de sus males.

Impulsado por su constante fé, decidió volver á Lion. ¡Vano empeño! Un nuevo desencanto vino á aumentar la copa de sus dolores. Sus compatriotas no habían desistido de su intento, y por segunda y tercera vez tuvo que escapar de sus enemigos.

Veinticinco años duró esta persecución: veinticinco años de angustia, de esperanzas, de duda: veinticinco años de intranquilidad.

Durante este tiempo varios fabricantes de Lion habían logrado introducir algunas de las tan combatidas máquinas, é insensiblemente el número se fué aumentando de una manera prodigiosa. En 1825 la fabricación de tejidos había adquirido tal preponderancia, que tenía ocupados en aquella ciudad á sesenta mil obreros. ¡Elocuente lección para los que aun censuran el empleo de las máquinas!

Por fin nuestro combatido obrero podía vivir seguro en el humilde albergue donde pasó su infancia y los días de sus ilusiones: por fin iba á tener una muerte tranquila en medio de su familia.

Jacquard volvió entre sus compañeros con el corazón limpio de todo rencor y enemistad; todo lo había olvidado ante la idea de que se le había hecho justicia. ¡Triste creencia! A pesar de la fabulosa aceptación que la máquina había merecido no solo en Lion, sino también en el extranjero, el nombre de su autor quedó veld-

gado al olvido y su existencia desconocida hasta de sus mismos conciudadanos.

Tanta ingratitud y tantos desengaños abatieron su espíritu y alteraron su salud de tal modo, que en 1834 los dolores físicos y morales concluyeron con su existencia.

Sin recriminar nosotros á los que, contemporáneos de José María Jacquard, no supieron apreciarle como se merecía, no podemos ménos de sentir que la mala fe por una parte, y la ignorancia por otra, sean siempre obstáculo para las grandes ideas, que lo mismo pueden nacer en la ménos inculta como en la más privilegiada inteligencia.

Pero parece que están previstos estos inconvenientes cuando se observa la profunda convicción, la fe sincera que á esas grandes ideas acompaña.

Sin esa convicción, sin esa fe, ni Galileo hubiera podido soportar las persecuciones y la prision de la Inquisición, ni Colon hubiera sufrido los insultos de amigos y extraños, ni Jesús hubiera sucumbido en un patíbulo afrentoso, ni todos los que han sido mártires de la virtud y del genio hubieran legado á la historia un nombre que las generaciones repiten con satisfacción inexplicable. Porque la posteridad, que recibe los hechos purificados en el crisol de los tiempos, los ve tal cual ellos son y en su consecuencia no puede ménos de hacer justicia.

Por eso la ciudad de Lion, reconocida á los beneficios producidos por el trabajo y la constancia de José María Jacquard, ha elevado recientemente una estatua á este inteligente obrero, mostrando con ello que la virtud y la honradez nunca quedan sin recompensa.

JAVIER ÁLVAREZ LINDE.

Granada y Noviembre de 1871.

## AYER, HOY Y MAÑANA.

Hace muchos siglos que el pueblo, el proletariado, unido al despótico carro de los reyes y del clero, viene batallando, sosteniendo una lucha titánica por romper esa ominosa cadena, lograr su emancipación y realizar prácticamente el sublime principio de *Fraternidad*.

Pero mientras existan hombres tiranos y soberbios, enorgullecidos por el alto poder que ocupan, engreídos por el respeto que inspiran á los satélites que les rodean, y que tienen en la masa de la sangre inculcado el virus del despotismo, cuya idea es oprimir y vejar al pueblo por diferentes medios; mientras semejantes seres existan, no podrán llevarse á cabo los sacrosantos principios que forman la base de las Repúblicas.

Es una triste verdad que en algunas ocasiones el pueblo, agotada ya hasta las heces la copa de la amargura, se agita en histéricas convulsiones, y cual furiosa avalancha viene á sepultar, á borrar del haz de la tierra toda infamante marca de desigualdad y á aniquilar todo insultante resto de tiranía.

Los acontecimientos del 92 en Francia y los sucesos recientes de la *Commune* no son más que sacudidas terribles, efecto de un estado anormal que se apodera del proletariado para hacer desaparecer el yugo que le oprime.

Siempre se ha velado la inteligencia del pueblo; siempre se le ha tenido sumido en la abyección; siempre se le ha adormecido con el ópio de las esperanzas, con el beleno de las ilusiones; pero su despertar es tan terrible como el rugido del león, como el bramido de la tempestad, como aterrador era el *desperta ferro* de los invencibles almogávares.

El hombre, que en sus edades primitivas fué libre como el pensamiento, como el vuelo del ave en las regiones etéreas, se vió ahorrado y humillado por invasores déspotas, que no tenían un átomo de sensibilidad en su corazón.

El pária de ayer, esa raza desheredada, ese cuarto estado de la India, le vemos perseguido, oprimido por los brahmanes, sacerdocio infame, que no consideraba como un crimen el asesinato de aquellos tristes individuos que vagaban por los bosques sin patria ni hogar.

En Grecia á los ilotas, reducidos á la esclavitud por un rey, no se les permitía dormir en Esparta; se les azotaba en determinadas épocas del año para recordarlos que eran esclavos, y á veces por distracción salía la nobleza de aquellos tiempos á cazarlos como si fueran fieras.

El esclavo en Roma, que con la cabeza erguida y con aquella entereza que siempre ha distinguido al pueblo saludable al presidente en las luchas del circo, á aquellos hombres de corazón de cieno, de alma tullida, tigres sangrientos, diciéndoles: *César, morituri te salutant*.

En la Edad Media, los señores feudales, los señores de horca y cuchillo disponían de sus vasallos como si fueran rebaños de ovejas, mandándoles en las cruzadas y en unas guerras que no tenían nada de santas, como no tiene nada de santo la muerte violenta de un ser de nuestra especie.

El siervo de entonces no era más que un autómatas, una máquina, de la cual disponían á su antojo aquellos señores, que se enriquecían con el sudor del rostro de aquel que en tanto vejetaba en la miseria y en la estupidez.

Posteriormente las persecuciones, dignas de figurar al lado de las de Sila y Mário, de algunos sumos imperantes, de los furibundos y rabiosos cogullas, émulos de ese pobre informe, de ese engendro monstruoso, rémora de todas las naciones, llamado absolutismo, nos ha traído á un período de la más grande decadencia.

¿Qué importa que D. Fernando y doña Isabel se apellidaran católicos; que Carlos V dotase mil monasterios, y que Felipe II oyera misa todos los días, si menospreciando las leyes divinas y humanas y contra los intereses de sus pueblos han oprimido naciones enteras, deramando á mares la sangre humana!

Hoy el pueblo ha aprendido cuáles son sus derechos. Hoy ha retenido en su memoria que Dios impuso al pueblo de Israel los reyes como un castigo, como un azote.

Hoy, por una ley natural y lógica, los gobiernos han de ser democráticos. La clase media, la alta banca han obtenido los honores del triunfo á costa del proletariado, ha arrojado de sí los pergaminos, y en papel blanco ha fundado una aristocracia ridícula.

Hoy la burocracia quiere asumir todo el capital; no tiene otro derecho que el de la fuerza, ni otra ley que la



de su capricho, ni otra aspiración que la de enriquecerse con el sudor del pueblo.

Vivimos en una sociedad artificial.

Nos enseñan diariamente unos cuantos hombres vestidos con pantalón encarnado, y nos dicen que están encargados de velar por nuestra seguridad.

¿No dijo Jesucristo que en el reino de los cielos todos somos iguales? ¿Por qué, pues, teniendo los mismos derechos, siendo iguales por las leyes divinas y humanas, han de existir opresores y oprimidos?

Mañana, a la luz de un esplendoroso sol, en que el cielo sonría y la tierra ostente con gallardía y majestad sus tesoros, vendrá la gran revolución política, social y religiosa. Y cual la flor que sin sol ni benéficas lluvias se va agostando y el rocío le da vida, volviéndola sus brillantes colores y sus perfumes, así los pueblos recibirán en su seno el rocío de la ilustración, de la fraternidad; despertarán del soporífero letargo, y no continuarán sumidos en la abyección.

Y de esta hecatombe, de esta sublime catástrofe, de esta inmensa ruina, de esta disolución social, en que, de la lira del poeta, se escaparán cantares de guerra y de sangre, renacerá un nuevo mundo, habitado por una sociedad completamente regenerada.

Y bajo la inspiración de aquellos fascinadores acentos, bellos como los cantos mesenios, luchará el mundo nuevo contra el antiguo, hasta crear una nueva y verdadera civilización.

Entonces la República federal, cual pura y blanca estrella, brillará en el azulado espacio de nuestra querida patria, y el lábaro republicano elevará a la nueva sociedad sobre las ruinas del viejo y carcomido edificio social.

J. J. MEDINA.

## AL ILUSTRE ROQUE BARCIA.

### Soneto.

Con esa inteligencia portentosa  
que de los cielos, Bárcia, has recibido,  
esclarecer de un crimen maldecido  
tú quisiste la causa tenebrosa.

Mas la inicuca maldad, que celosa  
velaba, porque había delinquido,  
te escupió, tu intención apenas vido,  
con su torpe saliva ponzoñosa.

Calumniado que fuiste, prontamente  
te apresó la Justicia, en la apariencia  
siendo, por la calumnia, delincuente;

Pero no hallando mancha en tu conciencia  
dándote libertad, brilló en tu frente  
el espléndido sol de la inocencia.

CENSTANTINO LLOMBART.

## TEATROS.

**Martí:** *El triunfo de la esperanza* y *En busca de una tiple*.—**Eslava:** *Camoens* y *Aventuras de un gaban*.—**Circo y Español:** *Don Juan Tenorio*.—**Capellanes.**

*El triunfo de la esperanza* es una preciosa comedia en dos actos, original de D. Juan R. Rubi, la que, a falta de un grande argumento y de situaciones de cierto

efecto, de esas á que tan aficionado se muestra una parte de público, en cambio tiene por base un gran pensamiento moral, perfectamente desenvuelto en el tranquilo hogar de una familia.

D. Luis de Acuña conoció á Sofia cuando esta se hallaba unida á otro, conociendo por ella un verdadero amor, que diez largos años no bastaron á entibiar. Sofia quedó viuda con una niña, que educó en un colegio, uno de esos centros en que, lejos de educar á la mujer y formar su corazón, hacen de ella una señorita frívola, coqueta, sin amor á la familia y sin carozón.

Sofia al traerla á su casa comprende todo esto y tiembla por ella; pero Acuña, que cada vez más enamorado y más respetuoso visita la casa como verdadero amigo, se propone despertar el dormido corazón de Beatriz, que empieza por desdeñar el amor de Damian, un joven abogado, su amigo de la infancia, solo porque es pobre; entonces Acuña, que es millonario, la ofrece su mano que Beatriz acepta gozosa, formando en su loca imaginación los más atrevidos proyectos de viajes, de modas, de trenes y de lujo; pero Acuña, decidido á curarla, finge tener asma y gota, y lejos de ofrecerle el brillante porvenir que ella ha soñado, le confía sus proyectos de trasformar en hospitales sus palacios de Madrid y terminar sus días en una pequeña y solitaria aldea de Galicia.

Beatriz, perdidas sus más bellas ilusiones, fallidas sus esperanzas, y sintiendo en el pecho el vacío del amor, rompe con su pasado y con Acuña, y arrependida de cuanto ha hecho vuelve los ojos á Damian, faro de su esperanza en la deshecha tempestad en que se agita é implora su perdón, que este le concede, porque verdaderamente la adora, y Acuña los une en matrimonio, ofreciendo después su mano á Sofia, que ya no duda en aceptarla.

La obra del Sr. Rubi se distingue por la encantadora sencillez con que está escrita, y quizás por esto merecen un justo reproche las duras frases que Damian dirige á Beatriz en el final del acto primero. Reciba el Sr. Rubi nuestra más leal enhorabuena, y deje correr su pluma por más ancho campo, seguro de obtener justos y merecidos aplausos.

La ejecución ha sido perfecta, como lo demuestran los grandes aplausos que el público ha tributado á las Sras. Carceller y Solís y á los Sres. Yañez y Domingo, llamándoles á la escena diariamente, en unión del poeta, al terminar los actos primero y segundo.

Creemos que esta obra proporcionará grandes entradas al elegante coliseo Martin, más concurrido de cada noche. El juguete en un acto *En busca de una tiple*, del Sr. Navarro, ha obtenido el mas lisonjero éxito.

En el *cuadro* dramático en un acto de los Sres. Ossorio y Bernard y Viñas, estrenado en el teatro Eslava, con el título de *Camoens*, las tintas son pálidas y sombrías; sus personajes inverosímiles y faltos de animación y vida, y su desenlace perfectamente previsto.

Poco felices han estado los autores al elegir los tipos para su obra, pues el médico no aparece cuando es verdaderamente necesario, ó sea al espirar Camoens, y el notario solo se presenta para que al llegar Camoens al rey su casco le descubra lo que el gran poeta ignora; que Portugal, perdida su independencia, arde en guerra civil entre Felipe II de España y el prior de Ocrato.

El carácter de Camoens aparece sin vigor y mal sostenido, quizás por la presencia continua de Fray Luis de Granada, que no le abandona un instante, y la versificación no está á la altura del célebre religioso, ni ménos del gran autor de las *Lusiadas*.

La amistad que nos une al Sr. Ossorio y Bernad nos obliga á ser severos, mostrándonos justamente exigentes con quien puede y debe hacer cosas mejores: no cree el Sr. Ossorio que habria sido de mejor efecto que el ronco son de los clarines de los tercios españoles del terrible duque de Alba cortaran la vida de Camoens, cuya existencia estaba unida á la libertad y á la independencia de su patria?

De la ejecucion solo diremos que el señor Mariscal hizo cuanto pudo, pero que no es el drama el género más adecuado á este distinguido artista; á la Sra. Llorente la encontramos demasiado *Urona*, y el Sr. Montenegro no abandonó un instante el tono lúgubre y misterioso que tomó al salir, resultando el cuadro frio, sin expresion, sin efectos, y faltar de ese claro-oscuro que da animacion y vida al más sombrío boceto.

El juguete en un acto *Aventuras de un gaban* mereció una lisonjera acogida.

En el Español y el Circo se ha representado *Don Juan Tenorio* con el más extraordinario y justísimo éxito.

No terminaremos sin protestar contra las atrevidas pinturas y el escandaloso can-can del café-teatro de Capellanes, y en nombre de la moral, tan injustamente ultrajada, llamamos la atencion de quien corresponda sobre el cumplimiento del decreto de libertad de teatros, que hace responsables á las empresas de semejantes escándalos.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

## INSTRUCCION DE ADULTOS EN PARIS.

Estos benéficos establecimientos se fundaron en Paris en 1830, bajo la presidencia de Mr. Perdonet, con el no-

ble propósito de extender la instruccion de los artistas y obreros, á quienes era casi imposible proporcionársela por sí solos, y que pertenecian á industrias que exigian un progresivo perfeccionamiento.

El grabado que damos en la página 309 representa la Escuela de la Capilla, dirigida por Mr. E. Morin, quien con los objetos delante instruye á los obreros en química, física, historia, literatura, dibujo, historia natural é higiene.

Nuestros correligionarios de varias provincias, si-

guiendo tan noble ejemplo, han establecido cátedras semejantes, y el Casino Republicano recientemente inaugurado en Granada, comprendiendo toda la importancia de esta bella obra y de los grandes resultados que de la instruccion obtienen los pueblos, ha establecido cátedras gratuitas para adultos, por lo que le felicitamos cordialmente, esperando que tan noble pensamiento será dignamente secundado por otras varias provincias, aumentando esos centros de instruccion, de los cuales pende quizás el porvenir de nuestra patria, pues el hombre instruido es un firmísimo baluarte de la libertad y del derecho, contra el cual habrán de estrellarse siempre el fanatismo y la ignorancia de los gobiernos reaccionarios.

Sin instruccion no hay instruido es un

instruyámonos hoy para ser mañana hombres libres.

## LA CANTINERA REPUBLICANA.

ESCENAS DE LA CAMPAÑA DE 1793,

POR

ERCKMANN-CHATRIAN.

(Continuacion.)

—«Los hombres arrojarán sus ídolos de plata,» repitió el mauser; esto quiere decir los escudos, florines y monedas de toda especie. «Los arrojarán á los topes,» es



ADOLFO JOARIZTI.

decir, á los ciegos, porque sabeis, señor doctor, que los topes son ciegos; los desgraciados ciegos, como el abuelo Harich, son verdaderos topes; en pleno día están entre tinieblas, como si viviesen bajo tierra. En ese tiempo, pues, darán los hombres su dinero á los ciegos y á los murciélagos. Por murciélagos debemos entender las viejas, que ya no pueden trabajar, que están calvas y permanecen en el hueco del hogar, á la manera de Cristina Besme, que concéis tanto como yo. Esa pobre Cristina está tan flaca y conserva tan pocos cabellos, que al verla, podemos decir: «Es un verdadero murciélagos.»

—Sí, sí, sí, decia mi tío con singular acento moviendo la cabeza; es claro, mauser, muy claro. Ahora comprendo vuestro libro, y por cierto que es admirable.

—Los hombres darán el dinero á los ciegos y á las ancianas por espíritu de caridad, repitió el mauser, y este será el fin de la miseria de este mundo; dentro de setenta semanas ya no habrá pobres; pero no son semanas de días sino de meses; y «convertirán las espadas en rejas de arados para cultivar la tierra y vivir en paz,

La explicación de los topes y murciélagos me había impresionado tanto, que permanecí con los ojos desmesuradamente abiertos, imaginando ver realizarse la extraña metamorfosis en el rincón donde estaba mi tío. Ya no escuchaba la voz del mauser, que continuaba su monótona lectura, cuando abrieron de nuevo la puerta.

Me estremecí; no me hubiese asustado más si hubieran entrado del brazo el ciego Harich y la vieja Cristina bajo su nueva forma. Volví la cabeza con la boca abierta y respiré: era nuestro amigo Koffel que venía á vernos; tuve que mirar dos veces para reconocerle, tanto se habían apoderado de mí las ideas de topes y murciélagos.

Koffel venía cubierto con el gorro de paño encima de otro de punto, y se adelantaba encogido por el frío; por todas partes le caían copos de nieve.

—Buenas noches, señor doctor, dijo sacudiendo el gorro en el vestíbulo; luego tarde; me han detenido mucho en el camino, en el *Buey Rojo* y en la *Alcarraza de oro*.

—Entrad, Koffel, le dijo mi tío. ¿Habeis cerrado bien la puerta?

—Sí, señor doctor, no tengais cuidado.

—¿No ha llegado hoy el periódico? dijo al entrar.

—No, pero no lo necesitamos, respondió mi tío con cierto acento de buen humor algo cómico; tenemos el libro del mauser, que refiere lo pasado, lo presente y lo porvenir.

—¿Y refiere también nuestra victoria? preguntó Koffel acercándose al brasero.

—Mi tío y el mauser se miraron asombrados.

—¿Qué victoria? preguntó el mauser.

—¡Eh! la de anteayer, en Kaiserslautern. No se habla de otra cosa en el pueblo; Ritcher, el Sr. Ritcher ha venido de allá á traer la noticia. Más de cincuenta botellas se han vaciado ya en la *Alcarraza de oro* en honor de los prusianos; los republicanos han sido completamente derrotados.

Apenas habló de republicanos, miramos á la alcoba pensando que estaba allí la francesa y podría oírnos. Esto nos contrarió, porque creíamos que aquella noticia podría hacerla mucho daño. Mi tío movió la cabeza con

sentimiento, se levantó quedito y entreabrió las cortinas para ver si dormía la señora Teresa.

—¿Sois vos, señor doctor? dijo ella enseguida; hace una hora que escucho las predicciones del mauser, todo lo he oído.

—¡Ah! señora Teresa, dijo mi tío, esa noticia debe ser falsa.

—No lo creo así, señor doctor. Habiéndose dado la batalla anteayer en Kaiserslautern, debemos haberla perdido, sin lo cual hubiesen marchado en seguida los franceses á Landau para levantar el bloqueo de la plaza y cortar la retirada á los austriacos; su ala derecha hubiese pasado por aquí.

Y añadió levantando la voz:

—Sr. Koffel, ¿queréis darme los detalles que sepais?

De todas las cosas de aquel tiempo, estas son las que más se gravaron en mi mente, porque aquella noche vimos qué mujer habíamos salvado, comprendiendo también qué raza de franceses era aquella que se levantaba en masa para convertir el mundo.

El mauser había cogido la bujía y todos habíamos entrado en la alcoba. Yo estaba al pie de la cama con Escipión al lado, y por primera vez observé que la cantinera había enflaquecido tanto que parecía un hombre. Su largo y huesudo rostro, estaba apoyado en la mano, y el brazo, descarnado y oscuro, salía casi hasta el codo de la vasta camisa de Lisbeth; tenía arrollado á la frente un pañuelo encarnado de seda, cuyas puntas le caían por la espalda; no se veía su hermosa cabellera negra, sino únicamente algunos mechones detrás de las orejas, de las que pendían grandes aretes de oro. Lo que más me llamó la atención fué verle una medalla de cobre pendiente del cuello, representando una cabeza de joven cubierta con un gorro á manera de casco; aquella reliquia despertó mi curiosidad; después supe que era la imagen de la República, pero entonces creí que era la Virgen de los franceses.

Como el mauser levantaba la bujía detrás de nosotros, la alcoba estaba llena de luz y la enferma me pareció más corpulenta; sus piés levantaban la colcha casi en el borde del lecho. Nunca había observado estas cosas que entonces me llamaban la atención. La enferma miraba á Koffel, que no quitaba la vista de mi tío, como para preguntarle qué debía decir.

—Son rumores que corren por el pueblo, dijo con cierto embarazo; ese Richter no merece confianza.

—Es igual, Sr. Koffel, referíme lo que sabeis; el señor doctor lo permite, ¿verdad que lo permitís, señor doctor?

—Sin duda, dijo mi tío contrariado. Pero no se debe creer todo lo que se dice.

—No... se exagera, bien lo sé; pero mejor es saber las cosas que forjarse quimeras; menos atormenta aquello.

Koffel refirió entonces que dos días antes habían atacado los franceses á Kaiserslautern, y que desde las siete de la mañana hasta la noche habían trabado terribles combates para penetrar en las trincheras; que los prusianos les habían hecho millares de muertos; que los barrancos estaban llenos de cadáveres y que los había también en los declives, los caminos y en el Lauter; que los franceses lo habían abandonado todo, cañones, cajas, fusiles y cartucheras; que les acuchillaban por todas partes, y que la caballería de Brunswick manda-

da en su persecucion, cogia masas de prisioneros.

La cantinera, apoyada la barba en la mano, fijos los ojos en el fondo de la alcoba y apretados los lábios, no decia nada. Escuchaba, y de tiempo en tiempo, cuando queria detenerse Koffel—porque entristecia mucho referir estas cosas delante de aquella mujer—le miraba tranquilamente y continuaba diciendo: «Tambien se refiere esto y lo otro, pero no lo creo.» Al fin calló, y la cantinera permaneció reflexionando durante algunos momentos. Despues, cuando dijo mi tio: «Todo eso no es más que un rumor... Nada se sabe de positivo... hareis mal en entristeceros, señora Teresa,» se levantó algo más para apoyarse en la cabecercilla de la cama, y nos dijo con tranquila voz:

—Sí, es claro que hemos sido rechazados. Pero no creais, señor doctor, que me desespera eso, no; esa derrota que os parece considerable es poca cosa para mí. He visto á ese mismo Brunswick llegar hasta Champaña á la cabeza de cien mil hombres agerridos, lanzar proclamas que no tenían sentido comm, amenazar á toda Francia, y en seguida retroceder ante campesinos con zuecos, llevando apoyada la bayoneta en los riñones hasta Prusia.—Mi padre—pobre maestro de escuela convertido en jefe de batallón—mis hermanos—obreros que llegaron á capitanes por su valor—y yo detrás con Juanito en mi carro, les acompañamos desde los desfiladeros del Argonne y la batalla de Vainy. No creais que me asombran esas cosas. No somos cien mil ni doscientos mil: somos seis millones de campesinos que queremos comer el pan que penosamente ganamos con nuestro trabajo. Esto es justo, y Dios está con nosotros.

Hablando, se animaba y extendía su largo y descarnado brazo; mi tio, Koffel y el mauser se miraban estupefactos.

—No pueden abatirnos una, dos ni cien derrotas, añadió; cuando cae alguno de los nuestros se levantan diez. No marchamos por el rey de Prusia ni por el emperador de Alemania, sino por la abolición de los privilegios, por la libertad, la justicia y los derechos del hombre. Para vencernos, necesitarán exterminarnos, y esto no es tan fácil como parece. Lo más sensible es que tantos millares de hombres honrados de los vuestros se hagan matar por los reyes y nobles, que son sus mayores enemigos, cuando el buen sentido debia aconsejarles ponerse de nuestra parte para arrojar á todos esos opresores del pobre pueblo; sí, esto es lo más deplorable y lo que más me entristece.

Despues de decir esto, se volvió á acostar, y asombrado mi tio por la exactitud de sus palabras, quedó pensativo.

El mauser y Koffel se miraban en silencio; pero bien se conocía que las reflexiones de la francesa les habian impresionado, y que exclamaban interiormente: «Esta mujer tiene razon!»

Pasados algunos momentos, dijo mi tio:

—Calma, señora Teresa, calma, todo mejorará; pensamos del mismo modo sobre muchas cosas, y si dependiese de mí, pronto firmaríamos los dos la paz.

—Sí, señor doctor, contestó la enferma, lo sé, porque sois hombre justo y no pedimos más que justicia.

—Tratad de olvidar todo eso, añadió mi tio; ahora ya no necesitáis más que descanso para recobrar la salud.

—Trataré de obedeceros, señor doctor.

Salimos de la alcoba, y mirándonos, nos dijo muy pensativo mi tio:

—Ya son las diez, es hora de acostarnos.

Acompañó hasta la puerta al mauser y Koffel, y corrió el cerrojo como de ordinario. Yo subía ya la escalera.

Aquella noche oí pasear á mi tio mucho tiempo en su habitación; iba y venia con paso lento y grave, como hombre que reflexiona. Al fin cesó todo ruido y me dormí en brazos de Dios.

## X.

Cuando desperté á la mañana siguiente estaban llenas de nieve mis ventanas, y continuaba cayendo con tal abundancia, que no se veía la casa de enfrente. En la calle se oían los cascabeles del trineo de mi tio y los relinchos del caballo Rappel; pero no se percibía ningún otro ruido, porque todos los vecinos del pueblo habian cuidado de cerrar las puertas.

Creí que debía suceder algo extraordinario para que mi tio se pudiese en camino con semejante tiempo, y vistiéndome, bajé corriendo á ver qué era.

El pasillo estaba abierto, y mi tio, metido en la nieve hasta las rodillas, calado el gorro de piel de nutria y levantado el cuello del capote, arreglaba apresuradamente un haz de paja en el trineo.

—¿Te marchas, tio? le pregunté saliendo á la puerta?

—Sí, Fritz, parto, me contestó con alegre acento.

¿Quieres acompañarme?

Mucho me gustaba ir en trineo; pero al ver los grandes copos de nieve que caían, pensé en el frio y contesté:

—Otro día, tio; hoy prefiero quedarme.

Al oírme rió mucho y me pellizcó la oreja, como hacia siempre que estaba de buen humor.

Juntos volvimos á la cocina, donde la llama jugueteaba en el hogar derramando suave calor. Lisbeth lavaba los platos delante de la ventanita de cristales redondos que daba al patio. Todo estaba tranquilo en la cocina; las grandes soperas parecían brillar más que de costumbre, y sobre sus redondeadas paredes se reflejaban centenares de llamas parecidas á las del hogar.

—Ya está todo dispuesto, dijo mi tio abriendo la despensa y metiéndose en el bolsillo un pedazo de pan.

Colocóse bajo el capote el frasco de kirchenwasser que llevaba siempre que viajaba, y cuando volvió á la sala repitió á la criada no olvidase sus instrucciones: mantener buen fuego, dejar abierta la puerta para oír á la señora Teresa y darla todo lo que pidiese, exceptuando comida—porque solamente debía tomar una sopa por la mañana y otra por la tarde, con algunas legumbres,—y no contrariarla en nada.

Al fin entró, y le seguí pensando en lo que habia de gozar, cuando marchase, corriendo por todo el pueblo con mi amigo Escipion y honrándome con sus habilidades.

—Y bien, señora Teresa, dijo mi tio alegremente, ya estoy dispuesto á partir. ¡Magnífico tiempo para ir en trineo!

La enferma, apoyada en el codo, separadas las cortinas de la cama, miraba melancólicamente las ventanas.

—¿Vais á ver algun enfermo, señor doctor? le pregunté.

—Sí, un pobre leñador de Daunbach, á tres leguas de aquí, que ha caído bajo el trineo, haciéndose una herida grave, cuya curación no puede retardarse.

—¡Qué cargo tan rudo desempeñais! dijo la enferma con tierna voz; ¡salir con este tiempo para socorrer un desgraciado que nunca tal vez podrá pagaros vuestro trabajo!

(Se continuará.)

## REVISTA GENERAL.

Quizás cuando este número llegue á manos de nuestros estimados lectores habrán terminado los debates que acerca de *La Internacional* vienen sosteniéndose en las Cortes, y á despecho de la elocuencia de Castelar, de Garrido, de Salmeron y de Pi, el gobierno obtendrá el voto de confianza, y *La Internacional* será declarada fuera de la Constitución y dentro del Código penal.

Nada importa que nuestro elocuente amigo y colaborador el ciudadano Pi y Margall, con esa prodigiosa elocuencia que le distingue, refutara victoriosamente los doctrinarios errores y absurdas teorías del bando conservador y ministerial, calificando de inmorales las limitaciones del derecho de asociación: poco importa que en su magnífico discurso llegara á preguntar: «¿Para qué se me concede el derecho de pensar y decir lo que siento, si se me niegan los medios de realizar todo aquello que yo creo bueno, justo y santo?»

El alfonsino Sr. Cánovas preguntó en la sesión anterior si debíamos reconocer por Cristo al primero que así lo pretendiera; y nuestro amigo, en un arranque sublime, replicó: «Ese era el lenguaje de los judíos al crucificar á Cristo; porque no pudieron jamás imaginarse que Cristo se ofreciera á sus ojos bajo aquella apariencia de humildad.»

Hablando de la *Commune* de París explicó cómo la creación de las municipalidades en la Edad media fueron una estocada mortal para el feudalismo, y cómo en 1792, en una célebre noche se creó en París una municipalidad formada de gente oscura y sin nombre, que no solo sirvió de cuna á la República y de sepulcro á la monarquía, sino que rechazó á los enemigos de la Francia y á los soldados de toda Europa; privado de este derecho durante sesenta años, París reorganizó su municipalidad, y solo las imprudencias del gobierno hicieron la revolución de Marzo.

El discurso de nuestro querido correligionario causó profunda impresión en la Cámara, fatigada de una discusión tan imprudentemente provocada por el gobierno y sus *admiradores* los reaccionarios.

Al discurso de Pi siguió el de nuestro buen amigo Lostau, y preciso es confesar que á la energía del lenguaje une una palabra incisiva capaz de traspasar la epidermis del más impudente doctrinario: severo, lógico y elocuente, preguntaba Lostau á los conservadores en nombre de qué moral hablaban, si en la de aquel enviado del Papa que decía á sus soldados: *Matadlos á todos, que Dios reconocerá á los suyos*, ó en nombre de aquella otra que firmaba la sentencia de muerte de Monti y Tognetti.

Todavía no sabemos con certeza la moral que invocan los conservadores, y además de lo dicho por Lostau, nos-

otros preguntamos á esos caballeros que siempre tienen la moral en la boca, si se refieren á aquella moral que hizo exclamar á *Eneas Silvio Piccolomini* (Pío II): *El trono de San Pedro es el primero del mundo; la tierra hace infalible al ayer perjurio, ladrón y sodomita; el Espíritu Santo le ilumina y le hace puro y grande como Dios; es decir, Dios mismo: ó si es aquella otra que hacía contar en tiempo de Sixto IV las rentas de un clérigo de la siguiente manera: Sempronio tiene un curato de veinte escudos y cinco protestados en los lupaneres del Papa; ó aquella, en virtud de la cual Sixto IV, á petición de sus sobrinos y cardenales Rovere y Riari y el de Santa Lucía, les permitió ejercer la sodomía en los calurosos meses de Junio, Julio y Agosto, poniendo al margen de aquel memorial; verdadero monumento de moralidad, *Nat ut petitur* (hágase como se pide); y para concluir, porque esto llegaría á ser interminable, ¿es la moral que los doctrinarios invocan la que hizo á Pío V escribir á Felipe II contra los diputados flamencos aquella célebre carta en que decía: *Ahogad á esos descamisados en un mar de sangre, y que el fuego y el hierro conviertan en desiertos sus fértiles llanuras*, ordenando luego la celebración de un magnífico *Te Deum* y fuegos de regocijo por la derrota de los calvinistas?»*

Todo esto, que nosotros hemos consignado en nuestra obra *La Santidad del Pontificado*, retamos á los doctrinarios á que lo nieguen; pero no lo harán; que harto sabemos que su moral es una especie de embudo, del que colocan lo ancho para ellos y lo estrecho para el pueblo.

Como si estas pruebas de moralidad no fueran bastantes, Lostau citó que en Barcelona en el año 1850, y protegidos por el general Zapatero, los que tanto hablan de la propiedad *robaron* los fondos de las sociedades obreras y mandaron á sus presidentes á la deportación y al destierro.

Magnífico dato: ¡hé ahí la moralidad de los conservadores!

Negó Lostau que *La Internacional* minara la religión y la familia, declarando que se la acusaba sin pruebas, y manifestó que en ningún Congreso europeo ha habido semejante acuerdo contra la religión, ni contra la familia.

Después de este magnífico discurso habló el Sr. Ruiz Zorrilla para decir que el gobierno tenía en la legalidad todos los medios para castigar los delitos y perseguir las asociaciones por medio de una ley, y siendo esto así, el voto que se discutía era inútil, y ni él ni sus amigos le votarían; negó que, aunque se llamaran como él los actuales ministros, tuvieran sus mismos principios, y terminó recordando al partido progresista que siempre se perdió por miedo á la libertad.

La discusión de *La Internacional* terminará de un momento á otro, y es casi seguro que será declarada fuera de la ley, pues de lo contrario la caída del ministerio era segura.

Nosotros, cada vez más convencidos del perfecto derecho de *La Internacional*, no dejaremos un solo instante de defenderla y de combatir á su lado y en su favor.

Invitados por la comisión encargada de abrir una información acerca del estado de las clases obreras, asistimos á la reunión que se celebró el otro día, bajo la

presidencia del Sr. Ríos Rosas, quien expuso el resultado de los trabajos de esta comisión, dando lectura de unos interrogatorios dirigidos á todas las autoridades, corporaciones, sociedades económicas, fabricantes y propietarios, y al clero, como *influencia social del Estado*.

Tentados estuvimos de protestar de que al clero, eterno enemigo del obrero, que nada hizo jamás por mejorar la condición del siervo antiguo y del trabajador de hoy, como no haya sido explotarle; tentados estuvimos, repetimos, de protestar contra eso de que el clero sea una *influencia social*, á ménos que no queramos tornar á los felices tiempos en que verdaderamente lo era, quemando, asesinando y martirizando.

Solis, en nombre de la *La Federación Española* y de *La Ilustración Federal*, preguntó á la mesa con qué objeto se preguntaba en los interrogatorios si *La Internacional* existía en aquella localidad y el número de afiliados con que contaba.

El Sr. Ríos Rosas dijo que la comisión había apartado toda mira de política y toda cuestión de escuela, y que esto se consignaba como un dato para ilustrar la cuestión.

El Sr. Alonso Beraza, de *El Imparcial*, manifestó que juzgaba muy en su lugar la pregunta, puesto que había obreros que buscaban en la práctica de las teorías internacionalistas la mejora de la clase obrera.

Solis rectificó, diciendo que, representando allí *La Federación* y *La Ilustración*, periódicos republicanos federales, defensores de la *La Internacional*, no podía dejar de preguntar por qué se hablaba en los interrogatorios de esta asociación, y declaró que en vista de las discusiones que tenían lugar en las Cortes, y cuando era más que posible que *La Internacional* fuese declarada fuera de la ley y que las contestaciones de las autoridades variasen en pró ó en contra, según resultara de la votación de la Cámara, sostenía la pregunta, pues sobrados motivos teníamos para mostrarnos suspicaces y desconfiados.

Beltran, de *La Verdad*, expuso que los interrogatorios eran demasiado extensos, y el Sr. Campos, de *La Correspondencia*, preguntó si los interrogatorios llegarían á los obreros y serían contestados por estos, que era lo conveniente, y declarado que sí, se levantó la sesión.

Esperamos los interrogatorios para juzgarlos, pero no vacilamos en aventurar que el ser muy extensos y complicados hará casi imposible todo resultado satisfactorio.

Después de ocho días de jurado, de comités directivos, de juntas y de reuniones, se han roto las negociaciones de paz entre zorrillistas y sagastinos, declarando el jurado, según dice un periódico, que *no existe divergencia esencial de doctrina entre ambos manifestos*: pues entonces, ¿por qué la ruptura y por qué este edificante espectáculo, propio de un circo de gallos, que ofreceis diariamente al pueblo español?

Bien dijo el que dijo, que tanto y progresista eran sinónimos.

Hemos recibido cuatro folletos de nuestro querido amigo y colaborador Córdova y Lopez, titulados *La ver-*

*dadera revolución* y *El proceso del partido progresista*, artículos publicados en *El Combate*, y *Las Antinomias constitucionales* y *Una fecha fatídica* (16 de Noviembre de 1870): estos folletos, que son hoy del mayor interés, y de cuya importancia y valía responde el nombre del autor, al que felicitamos sinceramente, merecen ser conocidos de todos nuestros correligionarios y se los recomendamos eficazmente: su precio es 2 rs. en la administración, calle de la Montera, 12.

Y á propósito de *El Combate*, se anuncia la próxima publicación del Almanaque de este importante diario, que tan justa fama supo conquistarse, y al que todos recordamos como un amigo querido: lo publicará nuestro colaborador I. Sastre, y nosotros nada diremos en favor suyo porque *somos cómplices*, como dijo en cierta ocasión nuestro ilustrado compañero Robert.

Rocheftort, con varios prisioneros, ha sido trasladado al fuerte Beyardt. El Consejo general del departamento de Viena ha aprobado por unanimidad la instrucción gratuita y obligatoria, rechazando por 41 votos contra 37 la instrucción laica.

El general Trochú se retira decididamente á la vida privada. Thiers se ha negado á las súplicas de Victor Hugo sobre la conmutación de la pena á Rocheftort, declarando que el asunto compete exclusivamente á la comisión de indultos. El presidente de la República muestra cada día mayor afición á los asuntos militares.

En Alemania se ha celebrado una reunión para obtener el rompimiento definitivo entre el imperio y Roma.

El baron de Beust ha presentado su dimisión; se cree le reemplazará el Sr. Andrassy.

El nuevo gabinete, presidido por el baron de Kesselberg, se compondrá de Holzgethan, Hacienda; Stremaier, Cultos; Chlimeszki, Justicia; Plener, Comercio; Scholl, Guerra, y Grocholski, Agricultura. Este ministerio ha sido bien recibido por el partido alemán y el húngaro, pero no por la Bohemia y otras provincias, que temen su política absorbentey centralizadora.

El Congreso obrero de Roma ha terminado sus sesiones, y el 1.º de Diciembre se abrirá la conferencia telegráfica internacional.

El Papa, en su alocución á los obispos, declara que si ha nombrado algunos para Italia es en virtud del poder que le ha conferido Jesucristo, no porque acepte la ley de garantías ni se aproveche de sus concesiones.

En la reunión celebrada en Suiza para acordar dónde debía establecerse la administración del ferro-carril de Saint-Gothard, se ha acordado que sea en Lucerna.

E. RODRIGUEZ SOLIS.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑÍA.

Madrid: 1874.—Imp. de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, 27.